

Catherine Millot, *Vita con Lacan*, trad. R. Prezzo, Raffaello Cortina Editore, Milano 2017, pp. 97.

Se trata de la traducción en italiano de la obra publicada en 2016 en Francia, *La vie con Lacan*, ganadora del premio Gide.

La autora, Catherine Millot, que se hizo analizar por Lacan, desde 1972, cuando ella tiene veinte y ocho años y Lacan setenta y uno, se convierte en su compañera y amante hasta 1980. Esta *Vida con Lacan* es, por tanto, el relato de los últimos diez años de la vida de Lacan pasados junto a ella. Un libro que no está dividido por capítulos, sino que, a través del relato de episodios y circunstancias, es una crónica unitaria del individuo-Lacan, de su singularidad.

En efecto, en estos episodios y circunstancias emerge, ante todo, el individuo-Lacan. A este propósito, Millot relata que Lacan amaba mucho la experiencia de las beguinas, es decir, una relación comunal en que se conservaba la individualidad, que es lo que Lacan “siempre había deseado” (p. 30), pues como él decía “la única cosa que vale no es el particular sino el singular” (p. 72). El individuo-Lacan es libre, es fuente de su libertad *del* pensamiento. De aquí, su indisposición a doblarse frente a cualquier autoridad de comando impuesta: Lacan “no cedía frente a ningún poder” (p. 7) “no tenía miedo de nada y de nadie” (p. 97). Millot relata que Lacan, una vez que fue asaltado por dos delincuentes en su casa, afirma que no quiso ceder frente a una imposición, se rebeló, lo que provocó que le propinchen un puñetazo en la mandíbula que le dejará consecuencias. Además de relatar cómo Lacan (que ya tenía más de setenta años) manejaba a una velocidad extrema, ella cuenta que una vez cuando Lacan, con su auto, se encuentra de frente en la carretera con un camión que estaba intentando adelantar: Lacan, en vez de frenar, acelera y obliga al camión a volver a su pista. Esta intolerancia frente a una autoridad impositiva, le hacía odiar los semáforos rojos, la espera en el paso a nivel de la línea del tren, la espera desmedida en los restaurantes.

A este propósito, Lacan, como relata Millot, amaba la frase: “Pasado cualquier límite, ya no hay límites” (p. 27). Capaz de nadar completamente desnudo en la piscina de la casa de campo en cualquier época del año, Lacan se tiraba pedos y eructaba en público (p. 36), además de sentir afinidad con los hipopótamos que iba a ver al zoológico en virtud de “la común arte del bostezo” (p. 54). En este sentido, Lacan decía que era un niño de cinco años, que es la edad que para Freud precede las remociones con su consecuente

debilidad mental en el adulto. Además, los cinco años, era la edad en que, como él decía, había maldecido a Dios (p. 44).

Para Millot, “ninguna prohibición ni limite convencional hacía desviar a Lacan de su camino” (p. 8). No aceptando ningún límite, su mismo pensamiento no consistía en un sistema cerrado, hegeliano. En este sentido “Lacan no era un hombre que se postraba ante la verdad” (p. 5), si por verdad se entiende un sistema ya hecho de teorías. Sus mismos seminarios eran prueba de esto. Millot relata cómo Lacan terminaba sus seminarios con una frase desconcertante que contenía un enigma que remitía a la clase sucesiva para la solución que Lacan, sin embargo, no ofrecía dejando a los alumnos siempre a la espera de algo imprevisto. Esto se debía al mismo movimiento de su pensamiento que procedía en espiral hacia un punto muerto para volver a partir de nuevo hacia otro *impasse*, pues quería llegar a lo “imposible” (pp. 60-61) que para Lacan era el único camino de escape hacia una solución (p. 92). Insistiendo sobre un obstáculo, Lacan lo ponía frente a los desmentidos de lo real. En este sentido relata el episodio de un diálogo de Lacan con un transexual a quien le repite incesantemente que era un hombre, lo quisiera o no (p. 42).

El segundo aspecto que emerge en los relatos de Millot es Lacan como hombre público, es decir, como hombre que vive en el ágora de los pensamientos de los hombres, el Lacan que leía contemporáneamente cinco o seis libros saltando de uno a otro (p. 86), que jamás comía en casa sino siempre en los restaurantes, que no amaba la soledad ni las efusiones sentimentales (p. 26). De “elegancia suprema” (p. 37), aunque no amando la vida mundana (p. 47), Lacan “era curioso de todo y de todos” (p. 31). Esto es testificado por Millot en los viajes que hicieron en Italia. En la Roma barroca que Lacan amaba mucho y donde quiere hacer llegar al papa Pablo VI una copia de sus *Ecrits* a través de un cardenal conocido, se detiene detenidamente frente a las obras de Caravaggio e insiste con ahínco para que le abran las puertas de las iglesias. Es la misma insistencia tozuda con que Lacan expone sus ideas en su visita a Heidegger que, ya enfermo, lo escucha con ojos cerrados hasta que la esposa de éste termina el monólogo insistente de Lacan (p. 81). Curiosidad que se manifiesta, sobre todo, en la relación con los otros. Con sus enfermos, que Lacan jamás llamaba pacientes (es decir, no los consideraba como sujetos meramente pasivos), “se ponía en la posición de aprender y de ellos esperaba clarificaciones acerca de lo que los aquejaba porque no tenía conocimientos a priori. En este sentido, buscaba eliminar cualquier consistencia a la figura persecutoria de Otro omnisciente que dispondría de un saber sobre el enfermo que escaparía a este” (p. 44). Esto se debía al

hecho que Lacan “tenía una concepción del ejercicio del poder minimalista” (p. 52). En la vida privada, “era de una absoluta simpleza, era sin complicaciones en las relaciones con otros, no tenía prejuicios” (p. 29), “tenía total disponibilidad hacia el otro, lo que pertenece a la juventud, estaba abierto a cualquier posibilidad” (p. 15) y, en este sentido, “no amaba las defensas, los subterfugios” (p. 23), “ignoraba las cautelas, concedía fácilmente su confianza” (p. 47), tenía un acercamiento con el otro sin prejuicios “lo que volvía a cada uno más libre” (p. 16). Lejos de ser un intelectual atarácico Lacan llora desconsoladamente por la muerte de su hija mayor, Carolina, y desde este momento se volvió siempre más silencioso, se enredó en los nudos borromeos (imagen de la tríade infernal: Real, Imaginario, Simbólico), “sus lecciones ahora están hechas de brevísimos enunciados que tomaban de contrapíe las costumbres del pensamiento, los estereotipos” (p. 87).

Algunas consideraciones conclusivas. La obra de Millot muestra *in actu exercitu* la única cuestión que Lacan estimaba interesante, el retorno a Freud (Lacan no era lacaniano, era freudiano, como decía a sus alumnos que se consideraban lacanianos). Un testimonio fundamental de este retorno a Freud es su seminario de 1972: *D'un discours qui ne serait pas du semblant*, un discurso, un sujeto, un pensamiento, un deseo que no sea ficción, apariencia, semblante (se trata, al fin y al cabo, de la antigua y siempre actual cuestión del docetismo cristológico condenado como herejía por la Iglesia primitiva). La cuestión fundamental para Lacan es la de un sujeto-pensamiento-deseo-discurso que no sea *efecto determinado* de lo que Lacan llamaba lo “Simbólico”, entendido como Teorías patológicas depositadas en el lenguaje-pensamiento-deseo que los sofocan (la cizaña de los Evangelios). En efecto, la patología representada por *le symbolique* termina causando un sujeto que es efecto de estas Teorías, un sujeto que ya no es fuente (la *Quelle* de Freud), *primum ius* que elabora actos legislativos del movimiento de su cuerpo hacia una meta (la *Ziel* freudiana) de satisfacción lógica, real, subjetiva. El pensamiento de Lacan, que quería comprender en sus viajes la Roma barroca, es así poseedor de un significado actual extraordinario, anti-barroco, puesto que el barroco es la afirmación de que “nada es real”, que “la vida es sueño” (Calderón de la Barca), que el sujeto-pensamiento-deseo-discurso es mero semblante, ficción y función (funcional a lo que Lacan llamaba el *Discours du Maître*, de la Cultura). El libro de Millot testimonia en vivo como Lacan ha podido concebir esta libertad *del* pensamiento en cuanto se muestra hombre susceptible a las ex-citaciones, a las movilizaciones producidas por los encuentros con otros (la

Drang freudiana), bien lejos de lo que él identificaba con la teoría del “fallo” que es la objeción de principio al servicio que se puede dar al otro, teoría kantiana del imperativo categórico versus relación que, al contrario, es com-posición de la relación según una norma (lejos de cualquier enamoramiento inmediato y efusión sentimental que Freud definía como “masa de dos”). Y si Lacan maldijo a Dios a los cinco años, en su retorno a Freud ha recogido como primario el tema del Padre, el tema de la generación de un hijo, de un sujeto que, en cuanto heredero, sea fuente de jurisdicción sobre el universo de las relaciones, un sujeto que no sea mero semblante-ficción-función barroca. En esta época de barroquismo cristiano-religioso con su Dios ontológico-*symbolique* (el Dios-Teoría que inhibe el pensamiento del sujeto volviéndolo así mera apariencia), pensamos que esta lección de Lacan es decisiva para los cristianos si no quieren ser meros objetos (el *Objekt* freudiano) con pensamientos-deseos-discursos causados por un Dios-primer Causa, *Maître* y no Padre. Lo “imposible” de Lacan era este cambio de pensamiento que él ha hecho posible.

Agostino Molteni

Instituto de Teología

Universidad Católica de la Santísima Concepción, Concepción-Chile

amolteni@ucsc.cl